Año XX

Núm. 457

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

EL VERANO EN MAR DEL PLATA.—LOS PRIMEROS BAÑISTAS

CORRESPONDANT EXCLUSIF POUR TOUTE LA PUBLICITÉ FRANÇAISE MR. A. LORETTE, DIRECTEUR DE LA SOCIÉTÉ MUTUELLE DE PUBLICITÉ 14 RUE ROUGEMONT PARIS

Buenos Aires, 15 de Enero de 1912

Dirección y Administración: SARMIENTO 657, (antes Cuyo)

LA ILUSTRACIÓN SUD AMERICANA

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LAS REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

AÑO XX.—NÚM. 457 | *BUENOS AIRES, 15 DE ENERO DE 1912* | DIRECTOR-PROPIETARIO MIGUEL A. PICHOT

LA ARGENTINA PINTORESCA.—VALLE Y PUENTE DEL INCA, EN MENDOZA

BIBLIOTECA NACIONAL Bs. As.

...ES LA HORA DE LA TARDE

Vierte sobre las aguas el surtidor sonoro,
la trémula elegía de sus cuentas de plata;
y en las aguas dormidas vibra su serenata
como un repiqueteo de cascabeles de oro...

El lírico del parque, con su trinar canoro,
aroma de saudades las cosas, y en la grata
litera de las someras, añora la sonata
de las ninfas noctivagas que le sueñan en coro...

Todo se evangeliza á las plegarias hondas
que suspiran las harpas ignotas de las frondas.
Y, ante el recogimiento de los finos balbules,

Que apuñalan la tarde con su mirar doliente:
¡se idealiza de ensueños el quimérico ambiente
con el suave perfume de los lirios azules!..

José M. de Anguita Zeballos.

INTER-NOS

Las huelgas
Huelga el comentario

Al país no le ha sorprendido esto de la huelga porque á ello le tienen acostumbrado ciertas épocas y costumbres no muy halagüeñas para el gobierno, no muy halagüeñas para la cosecha, no muy halagüeñas para los veraneantes. La huelga actual no es más que la repetición de un caso de lo más punible y de lo más vulgar. Acaso sea lo peor lo de la repetición.

Huelga el comentario como decimos dada la índole del hecho, cuyas consecuencias se sufren con un estoicismo digno de mejor causa. Se trata por inconsciente complicidad colectiva de fomentar la negligencia oficial y de asentir con el abuso de los descontentos, criterio óptimo de nuestra vida moderna donde antes que la carestía de los artículos de primera necesidad—por la falta de transportes—antes que la salvación de la cosecha y que el buen prestigio de los que gobiernan y que la tristeza de los veraneantes, por la misma causa, es el bello gesto, el gesto generoso para unos pocos, de todos los demás.

Es un altruismo mal entendido, pero altruismo al fin. Altruismo que se hace público con la consiguiente explotación de calderas, con el consiguiente paro general, con el ridículo de unos y el beneplácito de otros. Es así la huelga, una huelga reglamentaria, con todas las de la ley...

* * *

El veraneo

Ya se van de Buenos Aires las familias. Es este un éxodo veraniego de lo más simpático porque ellas establecen en la ciudad, con su ausencia, la comodidad; de lo más triste, porque dejan esto, sobre todo ciertos barrios de aristocráticos atractivos, como un verdadero páramo. Casi estamos por decir que desaparece lo más hermoso de la vida. Ya no hay reuniones sociales; la estética del hipódromo y de los teatros y de los crepúsculos en Florida y de las Avenidas ¿dónde está?

* * *

A fuego lento

Dicen que el calor es enemigo del trabajo. Para el país es una verdadera desgracia. Eso decían estos días pasados los que cifran en el esfuerzo propio el éxito de una empresa, que exige moverse, que exige una caudal cualquiera de energía. La pereza ha encontrado pues su mejor disculpa. Ya tiene algo en que escudarse ya que la conciencia de nada sirve, sobre todo si es la conveniencia la que propone y la obligación la que dispone.

Pero el calor no es lo más propicio para la filosofía, á juzgar por lo afirmado con anterioridad; es, sí, lo más á propósito para la divagación de un comentario de actualidad, á falta

de otro mejor y más oportuno. Y es el caso que no es el calor actual, propiamente dicho, el que lleva á Palermo, en un paseo refrescante y confortador, á lucir la belleza y la elegancia femeninas entre aromas de flores, sino el fuego que atormenta, que hace imposible la vida, que trae enfermedades, que achicharra... fuego lento para cuyos efectos no hay la dulzura de un abanico, ni el alivio de un ventilador, ni el aire rico de la playa.

Menos mal que el fuego mata ó purifica. A ver, pues, quien se atreve á murmurar de su acción en una nota como esta, escrita á 30 y pico grados. Con fe y esperanza la visión cambia, como la tira de vidrio luminosa de una linterna mágica. Y ya no es, entonces, el calor el enemigo del trabajo, sino el fuego que abrasa hasta la sensación, hasta el pensamiento, esterilizándolos. Lo de menos es el efecto que produzca en el cuerpo y en el organismo. ¡Que se fastidien!

¡Oh paradojas humanas que tienen dentro de lo deleznable tantos encantos y tantos bienes! El que no se consuela es porque no sabe. Alguna vez el querer y el poder habían de ser una cosa secundaria que no resistiera al calor, mejor dicho, al fuego lento del estío que después de haber hecho de las suyas, se apaga con viento y con lluvia, poco á poco...

A orillas del mar

No es lo más bonito el panorama; lo más bonito es la brisa suave y las olas que abrazan los cuerpos dándoles una sensación de frescura inefable. Los idilios de la Rambla, las fiestas nocturnas del hotel llena de músicos y de luces; la ruleta; el traje vaporoso y sutil que descubre bajo su calado finísimo el misterio esplendoroso de la carne blanca; la vida en fin, llena de poesía, llena de paz.

Salud veraneantes que vais en busca de nuevos horizontes para respirar; que bajo una mañana de sol ó bajo la noche estrellada se os ensancha el corazón mirando al mar sereno...

***

El ruiseñor y el poeta alemán

«Yhp, tiou, tokna,
Tiou, tiou, tiou, tiou.
Tío, tío, tío, tío
Kuutiu, kuutiu, kuutiu, kuut'u,
Tskuo, tskuo, tskuo, tskuo.
Tsu, tsu, tsu, tsu, tsu, tsu, tsu,
tsu, tsu, tsu,
Kuoror tiu, tskua pipitskuis
Tso, tso, tso, tso, tso, tso, tso,
tsirrhading.
Tsorre, tsorre, tsorre, tsorrehí,
Tsatu, tsatu, tsant, tsant, tsant,
tsant, tsí,
Dio, dio, dio, dio, dio, dio, dio, dio
Kuioo, trrrrrrrrrritz,
Lu, lu lu, lys, ly, ly, li, li, li, li.
Kuioo didl li lulyli,
Ha guur guur, kui kuio
Kuio, kuui, kuui, kuui, kuui,
kui kui kui.»

Esto no es griego; como no es de una fábula el título de estas líneas. Se trata de un poeta alemán que dice que ha conseguido, imitar el canto del ruiseñor, mediante una combinación de letras.

He ahí el resultado de su labor por si alguien quiere ensayarlo. Nosotros sólo advertiremos que los sonidos se deben pronunciar silbando y que alemán valiente es el poeta. Alemán por la paciencia; valiente por lo que le espera de su buena amiga la ironía francesa.

BUENOS AIRES.—"PROMENADE-CORCERT" ORGANIZADA POR LA SOCIEDAD HERMANAS DE DOLORES, CON FINES BENÉFICOS, EN EL CÍRCULO DE BELGRANO

AMOR PRIMERO

(PEQUEÑA HISTORIA)

Dos tipos antagónicos pero muy interesantes y hasta cierto punto simpáticos eran Jorge y Luis que acababan de llegar á fines de aquel año á Buenos Aires: Jorge confundido entre la inmigración que descendía, maltrecha y sucia, del barco; Luis destacándose del pasaje de primera por su porte juvenil y romántico, por su ademán de gentleman correctísimo, por sus elegancias, un poco ampulosas, con algo de coquetería que llegaba á la modulación de la voz, á la mirada de los ojos garzos y á la media melena de la cabeza rizada y terrible.

Jorge y Luis habían nacido en un pueblo de España, en uno de esos pueblos que tienen playa y cuyo puerto se abre á las caricias del Cantábrico que besa con sus espumas la gallarda frente de los montes. Desde niño Jorge trabajaba la tierra con el arado. A los dieciocho años llegó á ser un bruto. Desde niño Luis se dió al estudio con fruición. Cursaba el segundo año de derecho en una Universidad cuando sus padres, por reveses de fortuna, decidieron enviarle á América.

El episodio más interesante de la vida de Luis lo constituyó en aquel pueblo de Cantabria una novia que tuvo. Era ésta una maravilla de belleza y de candor. Por sus virtudes y por sus encantos de modestia y de hacendosidad, en medio de su pobreza, se había granjeado las simpatías de todos y era de verla cuando salía al paseo del brazo de sus amigas, vestida de blanco con una gran flor roja y ardiente en la cintura, á la moda del flirt. Luis la acompañaba, la Banda Municipal atacaba los primeros acordes acelerados de un paso doble y bajo la dulzura del crepúsculo, lleno de ensueños y de añoranzas, el idilio pasaba levantando un murmullo de admiración, con el efluvio de su simpatía. Entonces Jorge solía aparecer por la alameda y envidioso codiciaba la suerte de Luis, que iba en camino de alcanzar su dicha casándose con la muchacha más linda de los arrabales. ¡Qué hermoso llegar á ella, disputársela al otro, á la noble usanza antigua, en una justa de nobleza y de caballerosidad, con todo el valor y toda la gracia de un enamorado!...

Recordando este lance de sentimientos en el cual Jorge y Luis eran rivales, no se habían hablado una palabra en todo el viaje. Luis miraba á Jorge con desprecio y éste á aquél con rencor; ambos como concentrando más sus odios á medida que la distancia y el tiempo, que de su patria y de su ideal les separaba, crecían y crecían...

***

Luis vino recomendado á fuertes casas de comercio de Buenos Aires. Rápidamente obtuvo un empleo magnífico que desde luego su preparación estudiosa, su presencia y su cultura le iban á permitir desempeñar con eficacia y acierto. Salió pacos días después de llegar, con sus baules, cargados de muestras de tejidos á vender por la campaña. Pero su delicada complexión física no se adaptaba á las privaciones y molestias de los viajes, ni su temperamento de persona aristocrá ica, casi de artista, se avenía con el carácter de comerciantes avaros y ordinarios. Cuando llegaba, de regreso de sus excursiones á la capital, gastaba más de lo que ganaba y en las correrías y descalabros de esta nueva época de estos cambios de vida, fué olvidando, poco á poco, á su novia cuya evocación borrábase, pasados dos años, de su memoria, como en aquellos crepúsculos de otoño se difumaban á lo largo del paseo árboles corpulentos y siluetas plácidas, como desaparece el color del paisaje ó el panorama del mar.

En cambio Jorge prosperaba. Entró de peón en un almacen y merced á la constancia en el trabajo y al ahorro, pronto se hizo dependiente y pronto amo. Aprendió á comprar trigo y cuando Luis sólo pensaba en el bienestar modesto que podía disfrutar en su pueblo á la vera de los suyos, con la ilusión de los derrotados y de los vendidos, Jorge daba á su casa un impulso colosal en negociaciones que abarcaban desde la sección ferretería hasta la de frutos del país.

Llegó el día en que como recompensa á su digno esfuerzo, empezó á realizar los preparativos de regreso al pueblo, donde iba á descansar, retirado de los negocios, á constituir un hogar feliz, con Amparo. Amparo había sido novia de Luis. Amparo ya tenía un ofrecimiento, una declaración de Jorge y sabía por referencias que éste era rico. Toda la antipatía que Jorge la inspiraba antaño cuando vestido de labrador la miraba y la sonreía era ahora una nostalgia dulce, un anhelo mordiente de ver al millonario, al filántropo, á su futuro esposo. ¿Cómo sería?—se preguntaba.—¿Estaría envejecido, cambiado? Seguramente. Y al mismo tiempo que sentía aún una vaga atracción por Luis, pensaba en Jorge, en su dinero, en su cadena de oro, y creía que le amaba, que le adoraba...

***

Jorge, en una mañana de primavera en que llovía á mares, llegó al pueblo. Se instaló en un hotel, como un potentado. El padre había muerto durante su ausencia. Pidió la mano de Amparo que estaba más hermosa que nunca. Fué á París, á Londres, á Viena, recorrió media Europa y pocos días después de llegar con el «trouseau» para su prometida, se presentó Luis.

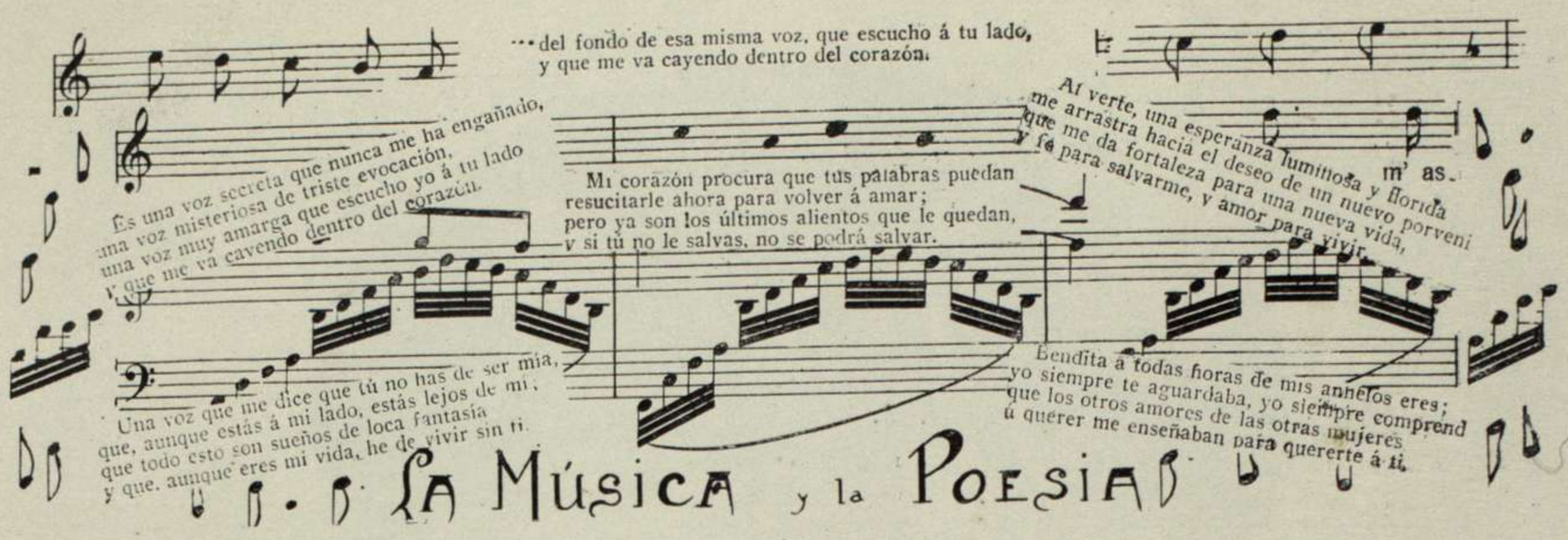
Venía triste, enfermo, roto. Supo el compromiso de Amparo y entonces fué cuando en realidad la amó. Ella que al verle sintió avivarse dentro de sí, el ascua incandescente de su pasión inextinguible, le escribió una carta en la que se burlaba de las riquezas de Jorge, en la que perdonaba á Luis, recordándole el cumplimiento de su promesa con todas las delicias de su amor primero.

Y con él se casó y con él fué dichosa... Como antes, pobre y buena.

J. E. Baranda Icaza.

Primeros de Enero de 1912.

BUENOS AIRES.—RECEPCIÓN OFRECIDA POR EL PRESIDENTE DOCTOR SÁENZ PEÑA EN SU RESIDENCIA DE MARTÍNEZ, CON MOTIVO DE LA FESTIVIDAD DE AÑO NUEVO



La Música y la Poesía

Unir la Ciencia y el Arte, el pensamiento y el sentimiento como manifestaciones distintas, como efectos diferentes de una misma causa ha sido una de las preocupaciones de todos los grandes pensadores y de todos los grandes artistas.

Herbart, sometiendo los estados de conciencia al cálculo matemático; Bugde afirmando que la sensación crece como el logaritmo de la excitación; Roso de Luna oyendo la música de las esferas que preconizara Pitágoras y estudiando científicamente una pianola; Payot y su maestro Ribot analizando la voluntad con el escalpelo de la Filosofía, como Cajal analiza el cerebro con el microscopio, no hacen sino buscar la síntesis de elementos dispersos, el nexo que con intuición de poetas adivinan que debe ligar á esas dos manifestaciones del alma humana, á esas dos características que son el pensar y el sentir, el cerebro y el corazón, que unidos en sus efectos producen el deleite increible que estudió Taparelli analizando las causas de lo Bello según los principios de Santo Tomás.

Puede afirmarse sin temor que la manifestación más sublime del sentimiento es la música y que tal vez las leyes de ambos sean las mismas, como pretende Fernando Hanl, toda vez que la música es una especie de dinamómetro de la vida sentimental.

Reducir estas leyes á un cálculo, plantear ecuaciones después de oir una sinfonía no es un sueño disparatado, no es una utopía de poeta, no es una quimera producto de una perturbación mental. Lo que parecía más absurdo en otras épocas hoy no es sino un infantil juguete científico, y cuando se estudia la analogía objetiva de los fenómenos naturales con las correlaciones que se establecen entre los dominios diversos del sensorio, se va derechamente á la síntesis del cerebro y del corazón.

Obsérvase, en efecto, que en el diagrama de las vibraciones los fenómenos luminosos ocupan siete octavas, como los sonidos musicales; de modo que los elementos simoles que componen la luz blanca, forman una serie cuya organización es análoga á la de las armónicas que componen el sonido fundamental; y así se ve que, considerando el rojo como límite del espectro, el amarillo como límite del anaranjado y el verde como el del azul, se obtienen las relaciones de 8 á 10 y á 12, que son las de las tres notas del acorde perfecto mayor: «do-mi-sol», como se obtiene el «tercio menor» (5 á 6) por la igualdad de las relaciones entre el verde y el rojo y entre el violeta y el verde; y esta serie de relaciones sobre las que insiste Hartmann en su «Estética», autorizan á creer que es cierta la sensación que de color blanco da la letra «a», la «i» de rojo, la «o» de amarillo y la «u» de verde, así como el «mi» natural es azul prusia y el «mi» sostenido es azul celeste y el «si» sostenido es verde y el «si» bemol es lila.

Pero sin necesidad de recurrir á esto, que bien pudieran ser extravagancias, podria intentarse la construcción de la sinfonía, que resultara del binomio de Newton, por ejemplo, ó, inversamente, el estudio de las ecuaciones á que dieran resultado las nueve sinfonías de Beethoven, que, como los libros de Herodoto, debían llevar los nombres de las nueve musas.

Por mi parte, puedo decir que he encontrado ciertas relaciones, ciertas analogías, que me han hecho pensar entre el poema sinfónico de Saint-Säens, «La danse macabre», el cuadro de Holbein y la poesía de Carair sobre el mismo asunto; porque si el sonido no es más que una vibración etérea, como la luz y los colores, como todo, incluso los toscos bloques de granito, según ha demostrado recientemente Gustavo Le Bon, ¿por qué no se ha de estudiar el número de vibraciones de cada una de las letras que componen una poesía—y sobre todo si es poesía inmitativa—y ver á qué sonidos y á qué colores corresponden?—X

EL TESORO

Érase un labrador dueño de una heredad, no tan grande que le hiciera rico, ni tan pequeña que, bien trabajada, no bastase para el mantenimiento de los suyos.

Andábase por los sesenta. Con los años se le habían ido las fuerzas, y con las fuerzas los dineros, que si aquéllas no le dejaban trabajar, eran éstos tan pocos, que no le permitían estar ocioso.

Tres hijos tenía que pudieran ayudarle en sus faenas; pero más amigos eran de rondar mujeres, armar jaranas y probar fortunas en el casino del pueblo que de labrar tierra y ganarse el pan con el sudor de sus frentes.

Harto ya el buen viejo de exhortarles un día y otro, y cansado de reprimendas y castigos, sin lograr que variasen de conducta ni hacerles entrar por el buen camino del trabajo, los llamó un día y les dijo:

—Hijos míos, se me acabaron ya los dineros que tenía. Mis pobres tierras, tan cansadas como yo, se han vuelto estériles y apenas si dan grano.

Llegó, pues, el momento de revelaros el secreto que de padres á hijos venimos guardando en mi familia, que otro remedio no nos queda para vivir.

Habéis de saber que en la tierra que hasta ahora nos sustentó hay enterrado un gran tesoro, tan grande, que él sólo bastará para mantenernos á todos y también á los hijos y los nietos que podáis tener.

—¿Y dónde y hácia que parte está ese tesoro?—preguntaron á un tiempo los tres hijos haraganes.

No déis á brazos extraños el encargo, pues bien pudiera ser que se quedara el extraño con el santo y la limosna, y vosotros, hijos míos, sin blanca para gastar y sin pan que llevaros á la boca.

Sudaron sólo aquel día más que en todos los anteriores de sus vidas. Llegó la noche, y la cena les pareció más sabrosa y el lecho más blando.

Durmieron de un tirón desde las ocho, y á la hora del alba ya estaban otra vez buscando en sus tierras el tesoro.

Y así un día, y otro, y otro, sin hallarlo. Y cuando al llegar la noche, el padre les preguntaba:

¡Qué!... ¿Hoy tampoco?

Los tres respondían descorazanados:

—No, padre, no; tampoco.

—Pues no desmayéis, que yo sé que el tesoro existe y que, al fin, habréis de dar con él.

Y volvían los tres á su trabajo cada vez con nuevos bríos y siéndoles cada día menos pesada la tarea.

Soñaban con el tesoro y aquella ilusión les hacía incansables. Sus músculos volvíanse de hierro y sus manos, endurecidas, no sentían el escozor del azadón, que al principio les levantaba ampollas.

Pasaron así dos meses, y ya toda la tierra de la heredad removida sin que lograsen su deseo, hubieron de cesar en el trabajo.

—¡Aquí no hay tesoro ni cosa que lo valga! —dijéronle al padre.

—¿Ya está bien removida toda la tierra?

—Ni un palmo queda en que no hayan ahondado un par de varas nuestras azadas.

—Pues dejadlo, hijos, y que Dios nos bendiga á todos. Sin duda, me engañó mi abuelo.

Al día siguiente se aburrieron los tres hermanos jugando su abandonada partida de manilla en el Casino. La atmósfera se les hacía allí irrespirable y el día muy largo. No volvieron más.

Llegó el verano, y una mañana los llamó su padre al amanecer y les llevó á sus tierras.

El barbecho estéril, era un campo de altas y apretadas espigas. Al salir el sol brillaron como el oro, y la brisa de la mañana las balanceaba dulcemente.

—Hijos míos, ni mi abuelo engañó á mi padre, ni mi padre á mí, ni yo á vosótros; era cierto lo del tesoro y ahí lo tenéis. Al buscarlo habéis removido la cansada tierra. Contemplad el fruto de vuestro trabajo... ¿Qué mayor tesoro? ¿Por qué buscar en lo extraordinario y lo escondido lo que está al alcance de la mano y á la vista de todo el mundo?

Desde entonces no hubo en todo el lugar mozos más laboriosos que aquellos tres hermanos. Jamás les faltó el pan, y no volvieron á pensar en tesoros escondidos.—G. Ruillier.

MAISON J. LABORDE
Deposito: Perfumeria Ideal del Dr. St. GEIN, de PARIS
Antes: 502, FLORIDA y LAVALLE
Se ha trasladado: G. LAVALLE 435.
EDIFICIO PROPIO

LA MATERIA

Todo tiende á idealizarse; nos vamos haciendo cada vez más espirituales, menos groseros. A la pesada litera de los viajes antiguos sustituyó la diligencia con su alegre cascabeleo de mulas y cantos del mayoral, de la que quedan todavía algunos restos en los pueblos hórridos de Extremadura y Andalucía; pero vino el ferrocarril á desterrarlas casi por completo, y las modernas locomotoras Compound, panzudas y chatas, tienen la majestad de lo grande y de lo sublime, y corriendo con velocidad pasmosa, parecen protestar de las distancias. Y llegó después el automóvil con su olor de gasolina, que solo es pestilente para el pobre peatón; pero estos medios locomotivos no se habían aún librado de la acción de la gravedad; de la fuerza atractiva de la tierra que, como una mujer crepuscular, avara de las caricias de su amante, continuaba reteniendo sobre su superficie al hombre y éste quiso volar y voló con el aeroplano. Las mujeres han sustituído los pesados refajos, que daban á sus cuerpos la apariencia de un saco de patatas, por esos vestidos ligeros y livianos que se ciñen á sus carnes de rosa moldeando sus curvas.

En los primeros albores de la civilización, la materia era algo bruto, tosco; era el viento impetuoso que soplaba las velas de un navío; era el agua que golpeaba las paletas de una rueda; fué después el vapor, que atravesando los conductos tubulares de una locomotora—intestinos del vientre de una nueva civilización—empujaba bielas y émbolos y hacía correr los grandes expresos, donde pasean su «spleen» por el mundo los que huyen de las tristezas de este mundo; y de la clase baja—viento, agua—pasó á ser algo burguesa—vapor—; más tarde con la conquista de la electricidad, se aristocratizó y fué corriente, sutil é invisible, que llevaba en sus entrañas, al través de un alambre, la vibración del pensamiento, y entonces creímos que era imposible espiritualizarla más y algunos escribieron sobre las columnas de los Hércules de la Ciencia un nuevo «Non plus ultra», triunfante y glorioso; pero Roentgen, con sus rayos X, demostró que la materia, además de los estados sólido, líquido y gaseoso, tenía un nuevo estado: el estado «radiante» y las radiaciones Roentgen hicieron permeables á la luz cuerpos que eran opacos, dando un nuevo ojo á la ciencia y confirmando que en la Naturaleza no hay cuerpos opacos, sino ojos imperfectos, y se «vieron» al través de una pantalla fluorescente de platinocianuro de bario, cuerpos que permanecían en las sombras, y los aristotélicos en su afán de dar condiciones sustanciales á las cosas más abstractas y de atribuir á toda cualidad un «sustratum», temblarían al conocer este cuarto estado de la materia.

«La ciencia de ayer estaba fundada en la eternidad de la materia, la de mañana tendrá sus bases en la desintegración de la misma», dijo Gustavo Le Bon con proféticas palabras de Iluminado en la conferencia que dió en Ostende en Agosto de 1907, y se va desintegrando por la disociación continua de los átomeos qe la forman, porque la materia carece de cualidades abstractas.

Se dice, en efecto, que la materia es «extensa», y, sin embargo, del mismo modo que se concibe el espacio en abstracto, se puede, recíprocamente, hacer variar la extensión de los cuerpos—porciones de materia según la definición clásica—haciéndoles cambiar de estado. Su cualidad de ser «impenetrable» tambien desaparece al considerar las leyes de la comprensibilidad, y el átomo es de tan infinitesimal volumen que, según Gaudin, se necesitarían «doscientos cincuenta millones de años» para contar los átomos contenidos en una cabeza de alfiler, suponiendo que se contara á razón de «mil millones por segundo»; lo que ocurre es que están animados de una velocidad tan enorme que si su movimiento desapareciera la materia desaparecería también, desvaneciéndose en el éter. Buena prueba de que la rigidez de la materia depende de la rapidez rotativa de sus elementos, son las experiencias llevadas á efecto en las fábricas hidroeléctricas, que han demostrado que una columna líquida de «dos centímetros solamente de diámetro», cayendo desde «quinientos metros de altura», no puede ser atravesada por un sablazo; el sable lanzado con fuerza sobre la vena líquida retrocede como si chocara con un trozo de granito, de modo que la materia, que parece la más plástica representación de la estabilidad, no existe sino gracias al movimiento, y no creáis que es esta una ingeniosa refutación á la demostración que de la inexistencia del movimiento hizo el sofista griego Zenón de Elea; y aunque haya cuerpos de una extraordinaria rigidez aparente como el hierro, por ejemplo, es tan sólo porque representa un estado de equilibrio entre su energía interior y las energías exteriores—temperatura, presión, etc.—que le rodean, y es tan extraordinariamente sensible la materia, que basta la influencia de un rayo de luz de una pequeñísima intensidad sobre un hilo de platino muy delgado para obtener una reacción; de modo que desde el punto de vista de la Física estaba equivocado Rubén Darío cuando escribió:

> Dichoso el árbol que es apenas sensitivo
> y más la piedra dura porque esa ya no siente,
> que no hay mayor dolor que el dolor de ser vivo
> ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

porque «la piedra dura» siente más que más histérica mujercilla.

En resúmen, la materia carece de cualidades abstractas, y por consiguiente, ¿no será sino una «ilusión», una «maya», como indica su etimología sánscrita? Pero no me digáis lo que á Pirrón le dijeron sus discípulos al ser mordido por un perro el escéptico filósofo de Atenas, porque os contestaría con las mismas palabras del maestro: «Es imposible despojarse de la naturaleza humana».

FRANCISCO VERA.

BUENOS AIRES.—BANQUETE OFRECIDO EN EL PLAZA HOTEL POR LA COLECTIVIDAD AUSTRO-HUNGARA Á SU NUEVO MINISTRO EN ESTE PAÍS, BARÓN HOENNING O'CARRAL

Arte fotográfico, por Witcomb, Buenos Aires

SEÑORITA DE GIMÉNEZ

SEÑORITA DE GSEL

Arte fotográfico, por Witcomb, Buenos Aires

EN ORIENTE

SMIRNA

Todos nos hemos levantado con el día para ver Smirna. Desde ayer la impaciencia es general á bordo.

—¿Llegaremos temprano?

—¿Podremos desembarcar?

Y los oficiales del barco, que conocen por experiencia la incertidumbre de las cosas orientales en tiempo de guerra y de peste, no contestaban sino con evasivas. Pero á pesar de que los faros están apagados, á pesar de que las entradas de los golfos se hallan custodiadas por barcos italianos, á pesar de que los Lloyds aconsejan á los pilotos una prudencia grandísima, nuestro viejo «Níger», de aspecto decrépito y sucio, llega sin una sola hora de retraso. A las seis de la madrugada comenzamos á penetrar en aguas de Smirna.

—¡Es increíble que hayamos andado tanto!—gritan los marinos.

A mí lo que me parece increíble es que realmente las costas que ahora vemos sean, en realidad, las de la gran ciudad del Asia Menor donde nació Homero.

Desde la proa, en la lenta marcha cautelosa hacia el muelle de piedra, que aparece allá, en el fondo, lleno de fardos y de cuerdas, la impresión que experimentamos no tiene nada de asiática. Esta atmósfera no es de Levante. El cielo, con sus palideces de otoño, tiene suavidades enfermizas y friolentas que hacen pensar en las regiones del Norte. La tierra surge de entre la ligera niebla matutina con una tranquilidad verde de huerto francés. Por las faldas de la montaña que tenemos á nuestra derecha los surcos del arado suben hasta donde alcanza la vista. Los sotos recortan el espacio en cubos simétricos. Los cercos extienden sus líneas espinosas por entre los plantíos. Y lo que más nos sorprende no es que todo el litoral sea verde, muy verde, sino que su verdura no parezca asiática, ni oriental, ni meridional siquiera. ¿Se habrá equivocado el comandante, trayéndonos de nuevo á Europa después de la escala del Pireo?... Porque, á medida que nos acercamos más al puerto, más lejos nos hallamos de la gran metrópoli de Anatolia, tal cual los poetas nos la han hecho soñar. En lontananza no descubrimos ni siquiera un ciprés. Los altos chopos, descarnados crecen en las márgenes del mar azul como en las orillas pálidas de los grandes ríos europeos,

—Parece que volviéramos á Francia dice—alguien á mi lado.

Parece, en efecto, que penetráramos en una rada de la suave y frondosa y húmeda Normandía.

***

Los edificios que empiezan ya á destacarse en primer término del anfiteatro urbano, aumentan la desilusión, con su simetría de grandes casas sin estilo, hechas para contener mucha gente ó para guardar muchas mercaderías, pero no para halagar la vista de los que las contemplan desde el mar.

—Son palacios—dice la gente—, son palacios; sin duda, palacios construídos por arquitectos de Munich ó de Bruselas; palacios muy nuevos, y de los cuales la joven Turquía debe estar orgullosa.

—Ya veis—parecen murmurar los otomanos que se pasean por el puente de nuestro barco y que sonríen satisfechos—, ya veis que eso de las casas viejas, con azoteas africanas, es una pura leyenda. Nuestras grandes ciudades son tan europeas como París y Londres.

En efecto. Todo lo que descubrimos á primera vista en este vasto panorama de Smirna, es de un occidentalismo absoluto. Los techos son de tejas mecánicas, horriblemente rojas. Las fachadas son de estilo alemán. Y, para colmo de desengaños, los rótulos que comenzamos á leer en la vasta explanada del muelle, no anuncian sino «Palaces Hoteles». «Cervecerías de Pilsen», «Fábricas eléctricas» y «Bazares parisienses»...

***

—¡Las primeras lanchas!—gritan, alegres, las muchachas de á bordo, viendo venir á los vendedores ambulantes que en los puertos de Oriente toman por asalto los buques y ofrecen pintorescas baratijas á los pasajeros.

Aquí están, en efecto, las primeras lanchas. Aquí están los vendedores. ¿Y sabéis que nos ofrecen? La tercera edición de «La Reforme», el diario francés de Smirna...

***

Hemos bajado á tierra.

Lo primero que me sorprende, al internarme en las calles bulliciosas y estrechas de esta gran ciudad, es el aspecto de satisfacción y de tranquilidad que noto en la gente. Todas las tiendas tienen sus mercaderías amontonadas en las puertas á la manera de Oriente. Todo el mundo compra, y vende, y charla y fuma. Los turbantes árabes mézclanse con los hongos griegos, y los feces turcos fraternizan con las gorras europeas. Cogidos del brazo, como dos hermanos, acabo de encontrar en una galería del Bazar á un magnífico pappas armenio, de gran barba blanca, y á un sórdido franciscano de cara de galeote. En las terrazas de los cafés los lánguidos otomanos, de rostros duros, fuman sus legendarios «narghilés», mientras los armenios, ágiles, gesticulan ante sus copas de mastic, oloroso á anís y á ajenjo. En ninguna parte una amenaza. ¡Qué digo! En ninguna parte una mirada hostil, en ninguna parte una de esas sonrisas burlonas que tan comunes son en Europa cuando pasa un forastero. Las lindas francesitas que han desembarcado conmigo, y que pasean fanfarronamente sus enormes sombreros floridos, de la rue de la Paix, no suscitan sino miradas galantes y respetuosas.

—Si estuviéramos en Holanda—las digo,—ya veríais como os insultaría la gente, como os apedrearían los chicos.

Ellas no me creen. Holanda para ellas es un país civilizado, mientras Turquía es un pueblo salvaje.

***

No nos alejemos mucho del centro—murmuran.

Pero, sin sentirlo, nos metemos por una larga calle, llena de vendedores de alfombras; pasamos por una plaza en la cual los barberos afeitan al aire libre; trasponemos un puente, y de pronto nos encontramos ante un campamento de asiáticos, al pié de un maravilloso acueducto bizantino.

—¡Qué imprudencia!—murmuran mis compañeras.

Luego, viendo que nuestra presencia no causa la menor agitación entre esa gente, que apenas nos mira, una gran confianza se apodera de las parisienses.

—En el fondo, es buena gente—murmura una de ellas.

—En el fondo y en la forma—la digo, haciéndola observar la maravillosa belleza de un beduino que pasa á nuestro lado cargado de fruta.

—Es cierto—exclaman todas.

Y sus ojos francos admiran, sin hipocresía, la hermosa bestia humana que delante de nosotros ondula armoniosamente dentro de su estrecha túnica.

—Volvamos al centro—dicen todas.

—Volvamos.

***

Por entre calles sin carácter, por entre angostas calles tortuosas, que lo mismo podrían ser de una ciudad italiana que de una ciudad española; por entre largas calles calladas, polvorientas y luminosas, llegamos de nuevo á los barrios comerciales, en donde, por lo menos, hay, para recrear la vista, hacinamientos de trapos y de alfombras y de armas—de arneses, en las puertas de las tiendecillas.

—Esto sí es oriente—dice alguien.

Pero apenas lo han oído los vendedores callejeros, cuando comenzamos á recibir ofrecimientos de mercaderías variadísimas, en las lenguas de todas las naciones europeas.

—¡Trajes bonitos!—gritan unos en francés.

—¡Alfombras!—dicen otros en inglés.

—¡Cambio de moneda!—exclaman los de más allá en alemán.

Todos ellos, empero, son de Oriente, y tienen, como buenos orientales, bellos ojos soñadores gestos felinos, maneras majestuosas. Más son orientales europeizados, como Smirna es una ciudad de Oriente que se muere por parecer occidental.

—¡Dios sabe—me dice una compañera de viaje—lo que habrá costado que esos chopos odiosos se desarrollen en esta tierra de cipreses y de mirtos!

E. Gómez Carrillo.

UN PARAÍSO TERRENAL EN TRÍPOLI

Cuenta una leyenda, que allá en los tiempos próximos á la creación del mundo, toda la región tripolitana, entre el mar y los montes Gariana, era una deliciosa selva, de la cual es el único resto el oasis de Trípoli. Árboles magníficos; mansos animales útiles; soberbios patos, hacían de aquella región una de las más deliciosas mansiones de la humanidad.

Pero los hombres que los habitaban cayeron en la corrupción y Dios encargó al espíritu maligno á que los castigara.

El malvado espíritu infernal, después de rebuscar en su imaginación, creó una bellísima joven que, amazona en un pez de oro, apareció flotando sobre las aguas de las playas tripolitanas.

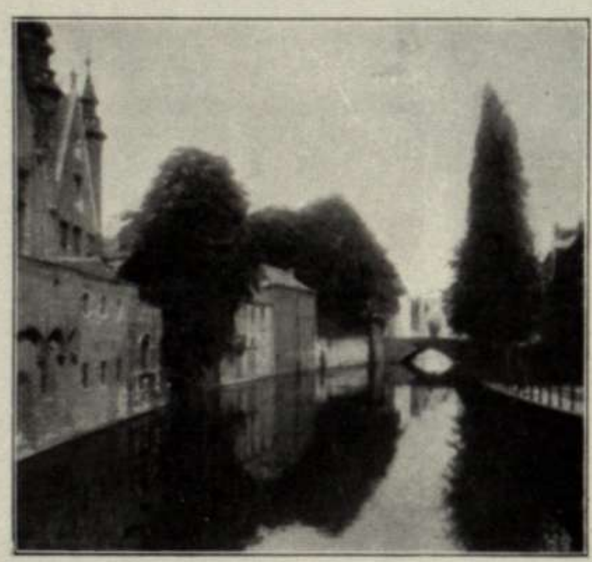
Apenas la noticia de tan extraordinaria aparición llegó á oídos del hijo del Sultán, que moraba en los montes Gariana, corrió el joven hacia la playa y atrajo á la doncella, prometiéndola no privarla de libertad; pero no bien entró el pez de oro en el río, el hijo del Sultán hizo cerrar la entrada de éste, quedando privada la enviada por Satanás.

Perseguida hasta el nacimiento del río, en el momento en que el príncipe se disponía á apoderarse de ella, se abrió una sima en que se hundieron para siempre, secándose al mismo tiempo todos los manantiales del país. Así aquel paraíso quedó enteramente convertido en árido desierto.

La Venecia del Norte
Brujas

RECIENTEMENTE se ha hablado mucho de esta ciudad y ha sido visitada por gentes de todas partes del mundo.

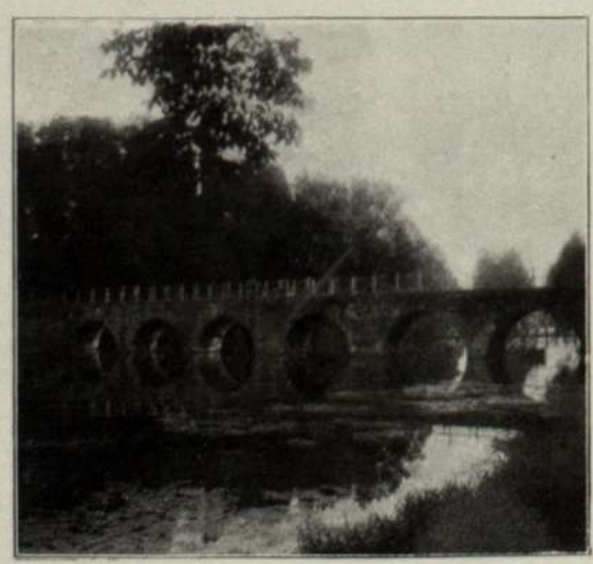
La primera vez que yo lo hice, me produjo Brujas una sensación extraña, que me impulsó á seguir al azar calles y parajes solitarios impregnados de la profunda melancolía que la



El canal de Brujas

ciudad respira, y que, si por lo que tiene de poética atrae, sobrecoge el espíritu con el temor de peligroso contagio.

¡Qué hermosa es Brujas! Todos cuantos la visitan, deben exclamar lo mismo. Las casas de la Edad media con las fachadas escalona-



El lago del Amor antiguo puerto de Brujas

das por ambos lados, en su parte superior, y acacadas en punta; sus calles estrechas y tortuosas, en que abundan las huellas de pasadas grandezas; las plazuelas, con copudos árboles centenarios; los canales que circundan la ciudad, con sus puentes pintorescos y líneas desiguales; los jardines, con plantas trepadoras que escalan las tapias hasta beber el agua del canal; todo ofrece cuadros interesantes, en cuyos fondos se dibujan confusamente la iglesia de Nuestra Señora, la de San Salvador ó la gigantesca torre románica conocida por *Beffroi*.

Así es Brujas, esa Venecia del Norte, como la llaman algunos. Cementerio de grandezas de la Edad media, archivo de leyendas poéticas y sepulcro de interesantes recuerdos. Por esto es todo triste en la ciudad flamenca: desde la estación del ferrocarril, de estilo gótico, desacertada parodia del gusto arquitectónico que domina en la ciudad, hasta las mujeres del pueblo, ataviadas con negros hábitos monjiles de paño recio y típica capucha pluvial.

Aquellos de mis lectores que conozcan: *Brujas la muerta*, la poética novela de Rodenbach, tendrán una idea exacta de lo que fué esta ciudad durante el primer cuarto del pasado siglo.

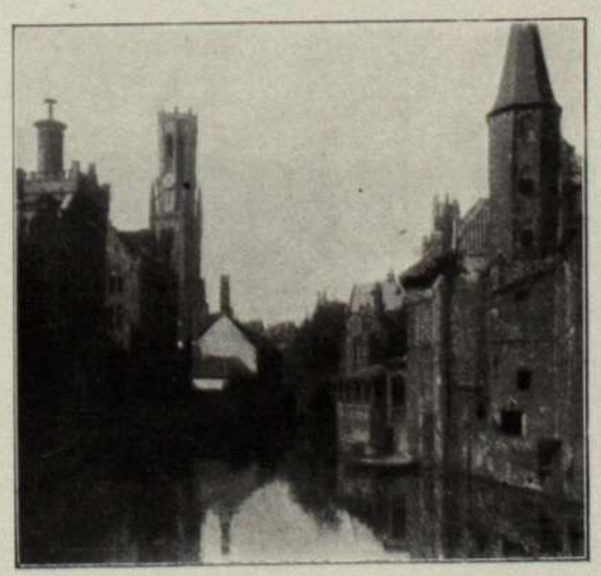
Brujas la muerta es un primoroso canto á la tristeza. Un viudo inconsolable, que quiere morir, aunque la esperanza de remediar en la vida eterna la separación terrena que le aflige, le hace desechar la idea de suicidio, y en esta ciudad muerta, encuentra un alivio á su profunda pena. La hierba que crece por las calles, la tranquilidad del agua de los canales, la quietud de la población, con el eterno toque fúnebre de las campanas de sus torres, el descuido de los monumentos, todo le ayuda á imaginarse que vive en una gran tumba.

No es que Brujas sea exactamente hoy tal como Radenbach la describe, pero conserva su carácter peculiar, por estar en su esencia la nota triste de grandeza muerta. La facilidad de comunicaciones modernas atrae á ella un buen número de inteligentes de todos países, y su renacimiento artístico se acentúa mayormente cada día. Ningún pintor puede pasar por esta Venecia del Norte sin llevarse algunas de las inagotables notas que ofrecen el *lago del Amor*, el *Beguinage*, el *muelle del Rosario* etcétera.

A estos parajes solitarios, divinamente poéticos, vienen para adorar á la Naturaleza y á las artes de pasadas generaciones infinidad de artistas; la religión católica tuvo aquí un gran culto y formó la esencia de la capital durante el último siglo; actualmente, con la facilidad de los viajes, va creándose un culto nuevo, cosmopolita, que invade poco á poco el alma de Brujas y acabará por dominarla en absoluto. Este culto no es incompatible con el primero, sino que armoniza perfectamente, se confunde y amalgama con él, formando de esta ciudad un gran taller artístico internacional, en el que no se tropieza más que con cuadros, pintores y modelos.

Una casa antigua situada al borde del canal de Brujas

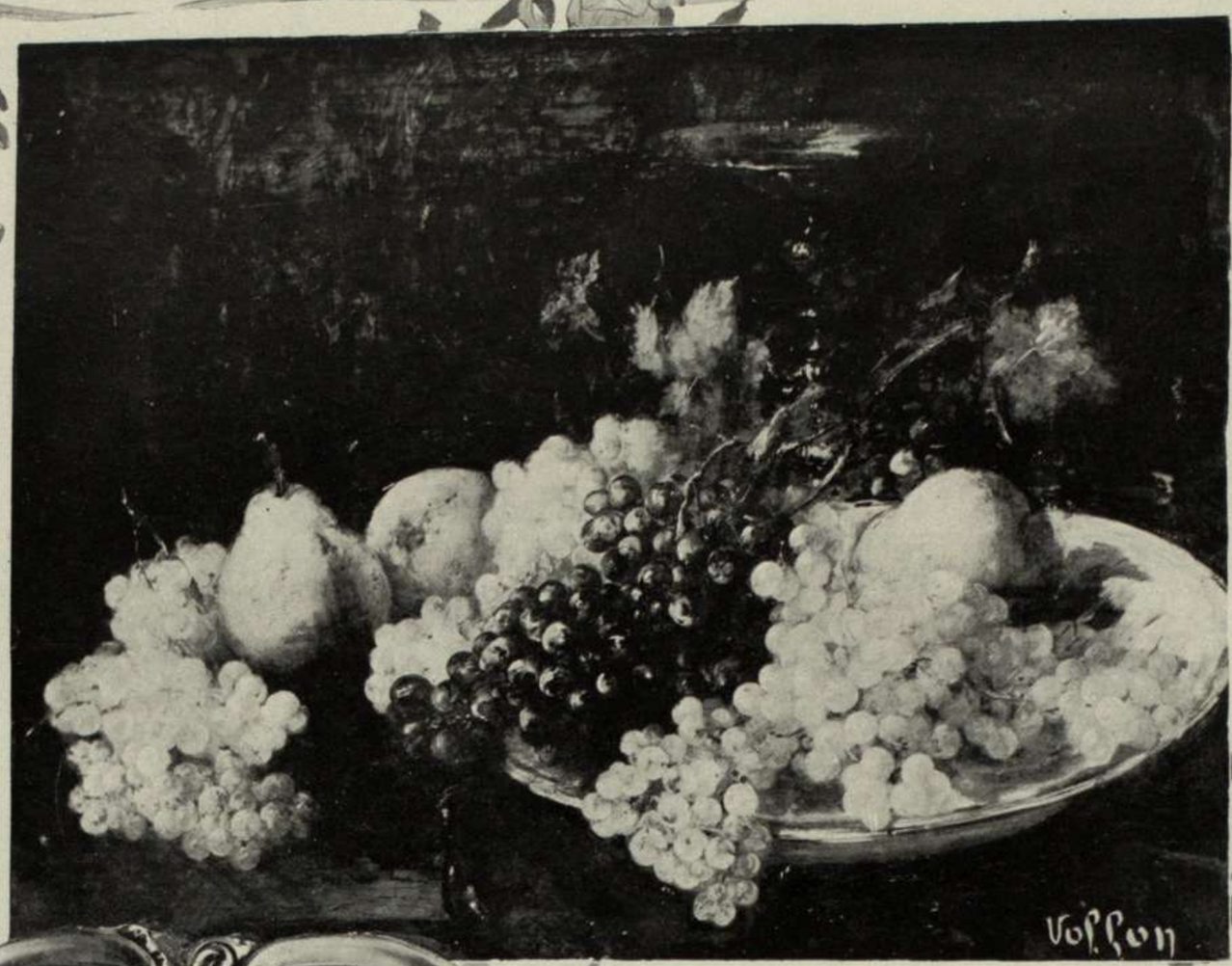
Brujas la muerta no puede morir; en la época en que Rodenbach la describe, su vida era latente. El renacimiento industrial y comercial de Bélgica durante el pasado siglo hizo persistir y agravó el abatimiento de esta ciudad; pero si en el siglo XV las artes salvaron



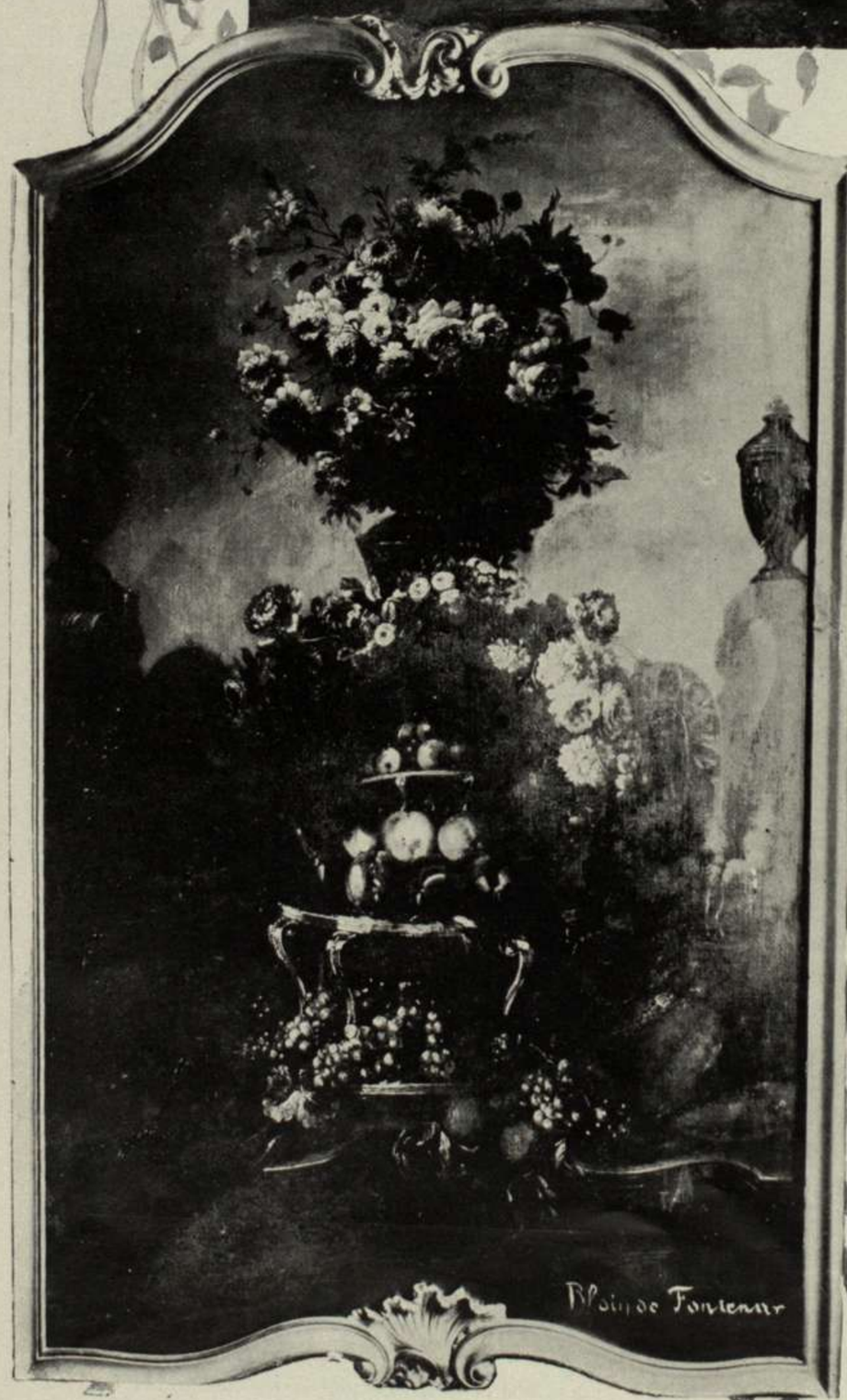
Una parte del canal de Brujas

el comercio, actualmente la riqueza y prosperidad del país salvarán á Brujas del abandono y nos la conservarán cuidadosamente como capital muerta, viviendo eternamente para el arte.

F. VENTURA Y LLUHÍ.



Fruit et raisins



La coup de fruit

Fleurs

BUENOS AIRES.—MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES.—SALA GENERAL JUAN MADARIAGA.—DONACIÓN DEL DOCTOR CARLOS MADARIAGA Y DE SU ESPOSA SEÑORA JOSEFA ANCHORENA DE MADARIAGA

HOMENAJES JUSTOS

GALDÓS Y EL PREMIO NOBEL

Se habla estos días de un homenaje á Galdós. No dudo que la propuesta tendrá el apoyo de la mayoría de los sufragios de la España intelectual; pero es ya visible que no reina la unanimidad de los días de aquel banquete memorable, anterior al justo descrédito de los banquetes, en que Cánovas y Castelar, los más egregios representantes de la derecha y de la izquierda españolas, concurrieron en la consagración pública del autor de los «Episodios Nacionales», ó de aquel otro día de la recepción en la Academia Española, en que Menéndez Pelayo, la más alta autoridad crítica de España, hombre de la derecha, autor de la «Historia de los heterodoxos españoles», trazaba la serena página del elogio á Galdós al saludarle en nombre del senado académico.

Tiene la culpa la política, la política que nos ha hecho retroceder en tolerancia, el alimento espiritual de que está más necesitada la sociedad española, después de las primeras letras. ¿Será posible que no podamos distinguir entre el señor don Benito Pérez, diputado á Cortes é incansable redactor de cartas y manifiestos políticos, y Galdós, el nuestro, el de todos, el de España? El arte de distinguir ha sido siempre arte de discretos. Ejercitémosle los que estamos en la acera de enfrente, no de Galdós, sino de don Benito Pérez, para que pueda decirse que la tolerancia, siguiendo á la libertad, se ha hecho conservadora.

***

Es cierto que Galdós al final de su vida se ha lanzado con demasiado ardor á la palestra política, por la cual pasó antaño como espectador sonriente y escéptico, atento á catalogar los Peces de «El amigo Manso» y otras familias y ejemplares curiosos de la fauna política y administrativa. Mas estas aventuras políticas de don Benito deben ser miradas con esa mezcla de enojo y enternecimiento con que contemplamos las travesuras de los niños, que viejos y niños se parecen. Pero ¡este don Benito nos va á matar á disgustos! ¡Miren dónde se ha ido á meter, expuesto á que le descalabren los odios ó, por lo menos, las pasiones, que andan á la greña en los lugares peligrosos donde se ventilan las disputas de la república!

Además, esta fase política de última hora, de Galdós ofrece sus atenuantes y disculpas. ¿Quién sabe si tendrán la culpa los «Episodios Nacionales?» Quizás, á fuerza de tratar con los personajes de la historia contemporánea, se ha encendido el novelista en sus pasiones civiles y aún inciviles. El asiduo trato con las figuras literarias é históricas es muy peligroso. Estos personajes fantásticos que parecen obra nuestra ó son sombras del pasado, nos embaucan á veces y se apoderan de nosotros. En España tenemos tan buen testigo y tan singular ejemplo de ello como aquel generoso hidalgo que se llamó don Alonso Quijano y que á fuerza de tratar con los caballeros andantes de los libros perdió hasta el nombre y se metió en mil graciosas y ridículas aventuras. ¿No hemos de explicarnos que Galdós, á fuerza de comunicar, mediante su pluma evocadora, con *blancos* y *negros*, con liberales y serviles, con guerrilleros de la Guerra de la Independencia, con apostólicos, masones, conspiradores, moderados y progresistas, se haya contagiado del ardor pretérito de estos personajes? Ya que á don Alonso Quijano no le perjudicó en su buena fama, antes se la dió más brillante y notoria el haber padecido la sugestión de los Amadises y Tirantes, dispensemos alguna indulgencia al caso semejante de Galdós, aunque reconozcamos que ha tenido mucho menos éxito como autor de manifiestos que como autor de novelas.

Que en estas aventuras han ocurrido algunos lances ridículos, ¿quién lo duda? También le acaecieron al bueno de don Alonso; pero este hervor político de última hora, aunque objetivamente pueda parecerse al caso de un señor mayor que después de una vida morigerada da en perseguir doncellitas, más ó menos usadas, con los verdes entusiasmos de la juventud, subjetivamente tiene cierto color de idealismo, de candidez, de desinterés. ¿Qué ha ganado don Benito con su tardía iniciación en la orden caballeresca, según unos autores, picaresca, según otros, de la política? Que le pongan en solfa sus adversarios, á veces darles motivo, y siempre salir de la esfera serena, apacible, de general admiración, en que nos place ver el ocaso de un genio.

***

Me adhiero, pues, al homenaje de Galdós, como caso de justicia y de tolerancia; pero tratándose del Premio Nobel, tengo mis dudas. ¿Se puede pedir el Premio Nobel? Por el buen nombre del susodicho Premio debemos dudarlo. Tan alta distinción, pedida, pierde la mitad de su valor. Pedida por la vía diplomática, queda reducida á la modesta categoría de los cambios de condecoraciones que gestionan oficiosamente las Embajadas, trocando tantas ó cuantas grandes cruces, encomiendas y cruces de caballero. No conozco las reglas que habrá adoptado la Academia de Stockolmo para discernir los premios de la Fundación Nobel; pero me parecería ridículo que esta respetable corporación hubiese establecido un turno de genios entre las diferentes naciones europeas, americanas y asiáticas, ya que el Japón, desde que es gran potencia, tendrá, sin duda, derecho á producir los genios que le correspondan. ¿Estaría bien que la sabia academia asignara proporcionalmente á cada pueblo, en vista de su población y territorio, la ración de gloria literaria ó científica que en buena equidad le tocase?

Ello sería, en verdad, una gran desilusión. El Premio Nobel sería una condecoración más acompañada de un buen subsidio ó viático. Pero si resulta que el Premio Nobel se pide, pidámosle para Galdós, lamentando que estas cosas no sean más serias y que esa corona de laurel no haya ceñido espontáneamente la cabeza del autor de los «Episodios Nacionales».

ANDRENIO.

DRAMAS POR TELÉFONO

Con este título encabezan varios periódicos un relato de varios tremebundos sucesos en los cuales el invento de Edison ha desempeñado primordial papel.

Hace unos tres años, en una tarde de invierno, recibióse en la Comandancia de New Brighton el siguiente parte telefónico:

—¡Por Dios, envíe usted alguien! ¡Me he matado!

—¿Pero, quién es usted? ¿A dónde hemos de ir?—preguntó el empleado sobrecogido de terror.

Pero no se recibió contestación. Tras de corta reflexión, el hombre se puso al habla con la oficina que le había puesto en comunicación con la persona que le pedía socorro, y, en efecto, pudo saber el nombre de la pequeña estación de ferrocarril desde donde le habían llamado.

Inmediatamente se trasladaron allí en automóvil un médico, acompañado de un agente de policía, quienes encontraron, en efecto, en un banco de la estación al joven jefe con la cabeza atravesada por una bala. Transportado al Hospital, logróse conservarle la vida. Sólo al hecho de poderse arrastrar hasta el teléfono y dar el aviso, debió su salvación.

—

Una telefonista de Nueva Jersey pudo contribuir á que una vida quedara preservada de un fin terrible. Fué llamada desde los pozos de una mina de agua.—¿Qué número?—preguntó. No recibió contestación; sólo oyó una voz débil que pareció gemir: ¡Socorro!

La telefonista, presintiendo una desgracia, telefoneó inmediatamente al director de las minas:

—Corra usted sin pérdida de tiempo á los pozos; algo ha sucedido allí.

Este corrió rápido con su bicicleta al lugar indicado, donde encontró al ingeniero de servicio tendido en el suelo, horriblemente mutilado. La máquina le había tomado la pierna; logró arrancarla del fatal engranaje y arrastrarse al teléfono, donde cayó desmayado, después de haber llamado.

—

Pero es el caso que los dramas por teléfono no son así. Los verdaderos dramas telefónicos ocurren de otra manera menos lucida para las telefonistas, y ocurren, no en Nueva Brighton ni en Nueva Jersey, sino en Buenos Aires con la Unión Telefónica.

Llaman ustedes, y nada. Llaman otra vez, y lo mismo. Al fin contesta la Oficina: ¿Con quién?—Con Fulano. Pausa.—¿Quién?—Pausa larga. Horrible tableteo en los oídos.—¿Quién?... ¿Quién?... ¿Quién?...—Palabras sueltas de una conversación amena sí, pero inexplicable.—¡¡Avenida!!—¿Qué?...—¡Caramba! Comunicación.—Pero, ¿con quién?...—El protagonista cuelga el auricular y prorrumpe en protestas, que ocasionan su eterna condenación.

Estos son los verdaderos dramas por teléfono que se representan todos los días con éxito extraordinario.

EPURAINA
Acelerador orgánico, reconstituyente, depurativo
Su uso se impone en todas edades y sexos, para curar y precaverse de infinidad de molestias.
VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERÍAS

Tos, Catarro, Bronquitis
PASTA Y JARABE DE NAFÉ
DELANGRENIER
75 años de buen éxito

Actualidad de la temporada. — La temporada no existe. Es decir, los teatros que valen la pena de citarse están cerrados; los que están abiertos tienen compañías de segundo orden que hacen lo que saben y lo que pueden, que es bien poco.

Esta mísera actualidad teatral no tiene el más mínimo interés para los lectores de La Ilustración Sud-Americana, personas de buen gusto que no van al teatro en verano porque no tiene atractivos y porque el calor los lleva al campo.

Para consignar semejantes comentarios no debíamos haber encabezado estas líneas con el título gráfico que acostumbramos á poner al frente de esta sección. Pero como ésta subsiste, justo es dedicarla la atención que reclama en la actualidad.

Ya empiezan á hacerse los preparativos para la próxima temporada del Colón.

Los nombres de los artistas que se suponen contratados los han publicado ya con alguna exageración la prensa diaria. A nosotros poco nos toca agregar, como no ser el deseo de que la temporada resulte magnífica en todo su esplendor.

La del concurso del Nacional, continúa siendo desastrosa. No se hace ni siquiera acreedora al estímulo. Es un fracaso lamentable por no decir vergonzoso.

Y todo lo demás pobre y malo.

***

El Rey de la Claque

Nathan Arlock, el «rey de la claque», se ha visto obligado á huir de Filadelfia, porque la justicia había ordenado su prisión inmediata. Se le había procesado á petición de la cantatriz miss Maggie Teyte, que actúa en la Ópera de Filadelfia desde hace dos meses, Nathan Arlock había pedido dos mil dollars á miss Maggie. Ella se negó á dárselas, y entonces Gathan amenazóla con una silba. Aterrada, miss Maggie corrió á casa del juez del distrito y contóselo todo. Nathan fué llamado á declarar. Dijo que la cantatriz le había prometido dos mil dollars, en pago de una ovación por noche, durante el tiempo de su contrato.

Acudieron luego á declarar otros artistas de la ópera.

Todos ellos se quejaron amargamente de las tiránicas exigencias del «rey de la claque».

El tenor Ellison van Hooz dijo lo que sigue:

«El día antes de mi debut en el teatro de la Ópera recibí la visita de Nathan Arlock.

Este ofrecióme sus servicios y me entregó una tarjeta, que era una verdadera nota de precios muy sabiamente combinada. Aquí la traigo».

El juez leyóla en alta voz, demostrando una extraordinaria sorpresa.

He aquí la tarifa que imponía á los artistas el «rey de la claque» de Filadelfia:

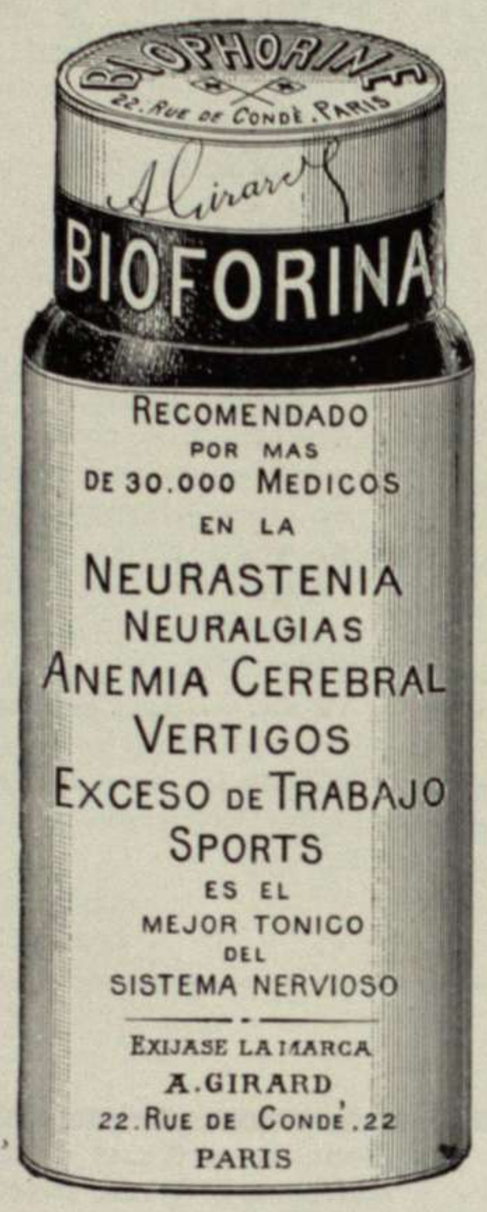
Aplausos continuados y persuasivos, mil dollars.

Cuando el artista no es de primera fila, quinientos.

MUEBLES Y DECORACIONES

LONDRES PARIS VELAZQUEZ BUENOS AIRES

330 · C. PELLEGRINI · 340



NO MÁS
ACEITE DE HIGADO
de bacalao
TÓMESE EL
VINO GIRARD
de la Cruz de Ginebra

SUS HIJOS
SU ESPOSA
UD. MISMO
gozarán de mejor salud.

El VINO GIRARD es recetado por más de 30.000 médicos en la
ANEMIA
CONVALECENCIA
DEBILIDAD GENERAL
BRONQUITIS
Y PARA LOS NIÑOS cuyo crecimiento puede inspirar cuidados.

A. GIRARD, 22, Rue de Condé, PARIS
En las principales droguerias y farmacias.

NOTAS SELECTAS EUROPEAS.—EL TEATRO EN PARÍS.—ESTRENO DE "SA FILLE" DE M. BARDE Y M. DUQUESNEL EN EL VAUDEVILLE

Aplausos al aparecer en escena, veinte dollars por noche.

Aplausos al aparecer en escena y al terminar el primer acto, cuarenta dollars.

Aplausos durante toda la representación, cien dollars.

El tenor, encontrando esta tarifa demasiado cara, negóse á aceptar los servicios de Nathan Arlock.

Y éste vengóse organizando contra él silbas formidables.

En vista de tales manifestaciones el juez ordenó la detención del «rey de la claque».

Pero éste se apresuró á salir de Filadelfia.

Dícese que se propone ir á Nueva York y ofrecer sus servicios á las empresas de los grandes teatros.

ESPÍRITU SHAKESPEARENO

Dice Benavente: El espíritu de Shakespareno es muy inglés. A pesar de sus ditirambos por Inglaterra, en algunas de sus obras se advierte que no le cegaba el patriotismo. Su espíritu era muy del Renacimiento, su parte católica, que era la parte más pagana del Renacimiento. Más inclinado á la tendencia iniciada en Italia y con más fuerza en la misma corte pontificia de Roma, de convertir la religión católica en una religión de Arte, de bellos y graciosos símbolos para los iniciados. Tendencia que hubo de contrarrestar la Reforma, reacción que obligó á la Iglesia católica, por instinto de conservación y de defensa, á la intolerancia y al dogmatismo irreductible. Lutero, tan admirado por nuestros progresistas, fué un reaccionario en toda la extensión de la palabra.

LA HUELGA GENERAL DEL AMOR

Tolosa de Francia, que hasta hoy no había producido sino tenores melífluos y poetas tiernos, acaba de dar al mundo, en la persona de mademoiselle Arria Ly, una terrible revolucionaria. Vista de la cintura para arriba, esta señorita provenzal parece un mancebo airoso, con su pelo corto y perfil duro. Las gentes que oyen sus predicaciones, exclaman riendo:

—Esa cara es de hombre.

Por mi parte, muy mucho guárdeme Dios de caer en la tentación de la menor burla. Por una simple ironía, uno de mis «confréres» tolosanos, M. Massat, ha sido retado y abofeteado por la revolucionaria. Y lo cierto es que no todo el mundo ha encontrado grotesca la conducta de mademoiselle Arria Ly en este conflicto...

—Al fin y al cabo—me dice «Colombine», poniéndose muy seria—el derecho de dar una bofetada á quien nos insulta no nos lo ha negado nadie desde que los hombres groseros existen.

—Tiene usted razón—le contesto.—Vosotras poseéis el derecho de abofetear. Pero no se trata de eso. Se trata de mandar padrinos. ¿Cree usted que un hombre puede recibir á los testigos de una mujer?

—¿Eh? ¡Y por qué no!... Con una pistola en la mano, yo me siento tan fuerte como cualquier periodista con pantalones...

Por fortuna para los directores de periódicos, no todas las escritoras son como «Colombine» y como Arria Ly. Las hay aún que saben emplear como únicas armas el desdén. Pero, en fin, puesto que la nueva escuela, que puede llamarse de las luchadoras, comienza á formarse no hay más remedio que contar con ella.

—«¿Qué debemos hacer si una mujer nos desafía?»

Un «repórter» del «Gil Blas» que hace una «enquéte» sobre el asunto, me ha enviado una circular con esta interrogación:

«¿Qué debemos hacer?...»

Yo, personalmente, me contentaría con besar la mano blanca que me abofeteara. Y en cuanto á recibir ó no recibir madrinas, las recibiría, ya lo creo, las recibiría con la atención que las damas merecen siempre, las daría mis dos mejores butacas, las ofrecería las más lindas flores de mi ventana. Luego, cuando ellas me hubieran expuesto enérgicamente lo que, en nombre de una amiga, tenían encargo de pedirme, las contestaría en estos términos:

—Señoras ó señoritas, bien sabéis que la fórmula establecida en estos casos es la de exigir, ó bien una «satisfacción» ó bien una «reparación por las armas.» Por mi parte, estoy dispuesto á dar á mi adversaria la satisfacción que quiera y á firmarla de antemano. Aquí tenéis mi pobre firma, en blanco. Poned arriba de ella lo que queráis.

Pero claro que yo jamás me veré en tal extremo, por la sencilla razón de que jamás injuriaré á una mujer.

«A las mujeres se las mata, pero no se las injuria»—dicen todos los hombres galantes. Yo voy más lejos: ni se las mata ni se las injuria. Se las perdona siempre, en todo caso, siempre, siempre...

La misma Arria Ly no merece sino un gran perdón lleno de ternura, lleno de suavidad. Cierto es que, en su odio por los hombres, lo que pide es una huelga general del amor, algo como lo que Lysistrata aconsejaba á sus amigas; pero no por un mes ni por un día, cual en Atenas, sino permanentemente «Así—dice—se acabará el mundo, que no es sino una monstruosidad».

Y esto, sin duda, es criminal. Pero, ¿quién puede saber todas las penas, todas las tristezas, todas las lágrimas, todas las amarguras, que han determinado tal nihilismo?...

E. Gómez Carrillo.

La FOSFATINA FALIÈRES es el alimento más agradable y el mas recommendado para los niños desde la edad de seis á siete meses sobre todo en el momento del destete y durante el periodo del crecimiento. *Facilita la denticion, asegura la buena formacion de los huesos, previene o paraliza los defectos en el desarrollo del niño, impide la diarrea tan frecuente en las criaturas.*

PARIS, 6, AVENUE VICTORIA en todas Farmacias, Droguerias y principales Casas de Importacion.

Tos, Ronqueras, Males de Garganta
Resfriados, Gripe, Insomnio

JARABE Y PASTA
BERTHÉ

Agitación nerviosa, Jaqueca, Dolores de Estómago, Dolores de Vientre en las señoras, y todos los Padecimientos indeterminados.
Eficacia atestiguada por numerosas observaciones médicas.
EXÍJANSE: las *FIRMAS* de FUMOUZE-ALBESPEYRES y de BERTHÉ.
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris.

Dentición
JARABE DELABARRE
JARABE SIN NARCÓTICO.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJANSE el SELLO de la *"Union des Fabricants"*, y la FIRMA DELABARRE
Establecimientos FUMOUZE 78, Faubourg St-Denis, Paris, y las Farmacias del Globo

ASMATICOS
El MEJOR TRATAMIENTO del ASMA es el
LICOR DE LA ESTRELLA
(LIQUEUR DE L'ÉTOILE)
de MARIO LECHAUX
49, Rue de Maubeuge, Paris.
Al cabo de cinco dias se puede acostarse y dormir toda la noche.
SE VENDE en todas las BUENAS FARMACIAS

ENFERMEDADES
DEL
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedías, Vómitos, Eructos y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Snrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.
Exigir en el rotulo a firma de Adh. DETHAN, *Farmaceutico en PARIS.*

EXIJAN Vds.
sobre cada PILDORA BLANCA las palabras: DEHAUT A PARIS impresas en negro.
Las
PILDORAS
Purgativas y Depurativas
del Doctor
DEHAUT
se toman
al comer.
Ninguna Regimen. No más Dieta.
Las menos COSTOSAS puesto que son las mas activas.

PARA DULCIFICAR LOS RIGORES DEL VERANO

Ventiladores Eléctricos

Las lámparas "IRIS" de filamento metálico, son de positivo resultado, debido á su gran resistencia.

Para la TEMPORADA
1911 - 1912
contamos con un surtido seleccionado entre lo mejor que se produce en el mundo.

VENTILADORES
para TECHO
de tamaños grandes y chicos

VENTILADORES
para MESA

VENTILADORES
para PARED
FIJOS ú OSCILANTES

Tenemos un espléndido surtido de accesorios para electricidad, recibiendo siempre las últimas novedades.

Pasen á verlos funcionar ó pidan catálogos

HEINLEIN & Cía

AVENIDA DE MAYO y PLAZA del CONGRESO